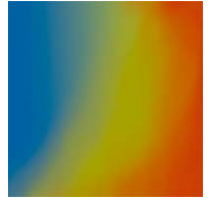


DIVERSIDAD E IMPERATIVO INTERCULTURAL

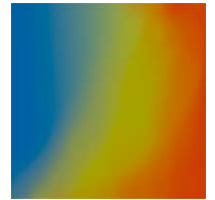
Ramin Jahanbegloo

La finalidad de esta disertación es la de obtener un mejor sentido de solidaridad y empatía entre culturas, celebrando y respetando la idea de la diversidad, pero también con una intervención crítica en contra de un diseño global irregular y desigual. Lo que podría aprenderse de este diálogo transcultural es que uno tiene que ser profundamente receptivo al sentido de pertenencia que los seres humanos experimentan en diferentes culturas. Pero quien dice "respuesta" también dice "responsabilidad". Es decir, que la responsabilidad no es la atribución de culpa a un actor por sus acciones u omisiones. La responsabilidad lleva al individuo a responder a la llamada del mundo y a crear un futuro que, en caso contrario, no llegaría a existir. En este punto podemos unir los pensamientos de dos filósofos franceses, Levinas y Ricoeur. Con los antecedentes judíos de su pensamiento filosófico, Levinas no podía aceptar la primacía del sujeto ontológico sobre el otro. Para él, la ontología es la filosofía de la injusticia porque es una comprensión del Ser por encima de una comprensión de la relación entre personas. Para Ricoeur, la respuesta ética al otro es también una reacción contra la violencia de la sociedad. Esto significa que la ética presupone la libertad del bien, y este bien es la fuente de la ética, no de la violencia. En otras palabras, para que haya revelación del bien, la violencia tiene que ser invalidada. Por consiguiente, transformar una cultura de irresponsabilidad en una cultura de responsabilidad va de la mano de un diálogo intercultural. Es decir, sólo un diálogo abierto, acogedor y compenetrador que tome en serio la condición de ser otro (Fremdheit) podría constituir un genuino encuentro de civilizaciones. Por "civilización" yo no entiendo progreso científico, tecnológico ni industrial, sino una empresa moral que nos muestra la senda que nos lleva a ser humanos.

La verdadera democracia no es meramente a la libertad de hacer lo que uno desee, sino también la capacidad de garantizar que lo que uno elige es el resultado de un sentido del deber y la solidaridad humana. En otras palabras, la civilización, para constituir un progreso moral en curso, tiene que combinar las características dinámicas e innovadoras del diálogo. Esto es lo que ayudará a resolver la dicotomía entre lo viejo y lo nuevo; la tradición y la modernidad; la continuidad y el cambio. Por lo tanto, el diálogo como fuerza de comunicación que acarrea tanto 'hablar' como 'escuchar', tiene la capacidad de contribuir a la supervivencia y al crecimiento de las civilizaciones. Luego la idea de un "choque de civilizaciones" es sospechosa de la capacidad del hombre para dialogar, y de la posibilidad que tiene una civilización para evolucionar como un organismo viviente. Hoy en día, en una época en la que la humanidad se enfrenta a un desalentador escenario que supone choques de intereses propios nacionales, de fundamentalismos religiosos y étnicos, y de prejuicios raciales, el diálogo de culturas puede ser un medio de confianza para realizar el trabajo preliminar de una nueva comunidad intercultural. Creo sinceramente que, promoviendo una mejor comprensión del otro recurriendo a lo mejor de las culturas humanas, el diálogo de culturas podría ayudar a generar nuevos impulsos de creatividad en las sociedades humanas. Dirigir la mirada hacia el



otro es un proceso en curso de diálogo y comprensión receptiva a través del cual podemos esperar enunciar una ética global de conducta para la comunidad que constituye la humanidad. Así, el diálogo de culturas debe tener lugar en la deconstrucción de lo que justifica la violencia. El problema es que el deseo de violencia existe en todos nosotros y es necesario dominarlo para establecer un diálogo de culturas. La tolerancia es el nivel básico mínimo exigido para vivir juntos, seguido de un segundo nivel, que es el respeto hacia el otro, y el descubrimiento de horizontes compartidos de acción moral. Estos objetivos no pueden ser alcanzados mediante violencia y contraviolencia. Responder al terrorismo con violencia es lo mismo que caer en la trampa de los terroristas. Fortalecer la cultura de diálogo entre culturas demuestra ser un elemento importantísimo para combatir las calamidades de nuestro mundo; en especial, el terrorismo y el radicalismo religioso. Porque los dos buscan hacer de la diversidad entre naciones la fuente de conflicto, mientras que el diálogo entre culturas puede ayudar a hacer de esa misma diversidad los cimientos de la solidaridad humana. Puesto que la violencia y la intolerancia empiezan en las mentes de los seres humanos, es en esas mismas mentes donde la idea de los valores compartidos y la solidaridad humana debe construirse. La sospecha y la desconfianza entre los pueblos del mundo no existen debido a nuestras diferencias, sino porque somos más conscientes de nuestras diferencias que sabedores de lo que nos convierte en parte de la especie humana. Esto es lo que sucede cuando la diferencia se transforma en una licencia para matar. Las diferencias culturales existen, son reales, no imaginadas, y forman parte de lo que hace que la especie humana sea vibrante. Durante la Edad de la Tinieblas de Europa, fue así como floreció Andalucía, a través de la interacción de las tradiciones musulmana, cristiana y judía. Más adelante, el imperio otomano prosperó no gracias a sus ejércitos, sino porque era un imperio de diversidad. Hoy en día, la globalización cultural ha llevado a vivir juntas a un número sin precedentes de personas de diferentes credos o culturas. Empero, nuestro propio mundo globalizado está lamentablemente marcado por una intolerancia, un extremismo y una violencia crecientes. Una mayor proximidad y unas mejores comunicaciones han llevado con frecuencia, no a una comprensión y amistad mutuas, sino a tensión y desconfianza recíprocas. Algunos han denominado, incorrectamente, choque de civilizaciones a esta violentísima forma de desconfianza. Pero yo creo que la idea de un patrimonio común y de valores universales compartidos entre culturas no podría ser más oportuna, porque está claro que no vivimos en civilizaciones diferentes en el sentido en que lo hicieron nuestros antepasados. Vivimos en estrecha proximidad como nunca antes lo hicimos; más allá de las viejas barreras y enfrentados a nuevas realidades. Universalidad y particularidad no son mutuamente excluyentes, sino que necesitan equilibrarse. Pero la verdad es que, a pesar de nuestras diferencias políticas y religiosas, todos tenemos una comprensión común de lo que significa ser un ser humano. En sus más profundas aspiraciones, todas las culturas y religiones, sean las que sean sus diferencias, apuntan hacia la misma realidad; la realidad de que, según Gandhi, "Toda la humanidad es una familia indivisa e indivisible, y cada uno de nosotros es responsable de las fechorías de todos los demás". Ésta es la base ética sobre la que hoy podría construirse una civilización humana viable. Porque ninguna cultura es capaz de explicar toda la realidad, ya que cada cultura es solamente una interpretación particular de la realidad, condicionada por el contexto social e histórico. Pero para comprender la unidad de la



humanidad necesitamos pensar en el paradigma de la interculturalidad como la *conditio sine qua non* de la variedad y las variaciones de nuestro mundo. Nos enfrentamos, por consiguiente, a una necesidad absoluta de un imperativo intercultural para entender la diversidad cultural en el mundo de hoy. La búsqueda es la de un mundo plural no a pesar de nuestras diferencias y divergencias, sino gracias a las mismas. A este respecto, tenemos que tener en cuenta que nuestro mundo existe como resultado del cruce de fronteras y el mestizaje entre culturas. No existe eso que llaman una cultura única y homogénea que funcione como un horizonte aislado. En otras palabras, el futuro de nuestra civilización global sobre este planeta frágil y vulnerable depende de nuestra capacidad de vivir juntos – con nuestras diversidades – si no en armonía, al menos con una capacidad de diálogo y comprensión mutua. Porque la globalización es un proceso de numerosas facetas, el diálogo intercultural ha adquirido un nuevo significado en el contexto de la situación internacional actual. Así, está convirtiéndose en un imperativo pensar en la globalización más allá del libre intercambio de bienes y servicios y del solo movimiento de personas alrededor del mundo. La realidad es que, a pesar del vacío existente entre ganadores y perdedores en el juego de la globalización que ha creado una posibilidad de conflicto y violencia, el diálogo intercultural se ha convertido en la *raison d'être* de la civilización humana. Tomando en consideración todo lo anterior, la tensión entre valores universales e identidades particulares podría resolverse sobre la base de un diálogo intercultural en el que ningún sistema de valores establezca unilateralmente las reglas y los ámbitos del diálogo. La humanidad se enfrenta hoy al dilema de sacrificar la diversidad cultural en el altar de la globalización o utilizar el diálogo intercultural para aumentar la autocomprensión colectiva contemporánea en un contexto transcultural, y alcanzar la solidaridad humana. Éste es un paso fundamental hacia la corrección de diversas formas de asimetrías e injusticias que abundan en todo el mundo, y hacia la gestión de un mundo plural que está ahí, a la vista, más allá de las fronteras de la raza, la religión, el sexo y la nacionalidad. La conocida cita de Einstein de que “Una persona comienza a vivir cuando puede vivir fuera de sí misma” necesita complementarse elevando el nivel de conciencia de que el sentido del diálogo intercultural también comienza ahí. La verdad es que las formas y medios que se emplean con el fin de crear barreras de sospecha y discordia entre los seres humanos, se obtienen creando una fuerte tensión y una gran divisoria entre “nosotros” y “ellos”. Sin embargo, adviértase que el diálogo intercultural no trata de visualizar una imagen idealizada del mundo. Trata del incesante esfuerzo para entender nuestro mundo plural eliminando las causas y condiciones que crean y perpetúan las polaridades de “nosotros” y “ellos”. La realidad sobre el terreno es que el imperativo intercultural debería ayudarnos a vencer tanto la homogeneización política que es el resultado del modelo de globalización de la postguerra fría, como los fundamentalismos culturales y religiosos que se presentan como alternativas a esta práctica de globalización homogénea. Existe un peligro real de que la globalización no sea nada más que un proceso de uniformización de la cultura humana como única solución para garantizar una vida pacífica para todas las sociedades. El ímpetu que anima esta nueva visión de diversidad cultural es la idea de la democratización de la modernidad. De hecho, el concepto de imperativo intercultural, como el del imperativo ético, va más allá en el sentido de que contempla no sólo la multiplicidad sino también la responsabilidad de las culturas en una perspectiva de diálogo, en la que cada cultura se

desarrolle y evolucione a través del contacto con otras culturas. Lo cierto es que el diálogo intercultural es un proceso democrático que privilegia a la tolerancia, la solidaridad y un sentido de entendimiento mutuo. El diálogo intercultural por sí solo nos hará sabedores del hecho de que, a la larga, las culturas no son y nunca han sido estructuras monolíticas, rígidas y estáticas. Ninguna cultura puede desarrollarse sin tolerancia hacia otras culturas. Es digno de mención, e interesante, que cuando quiera que la idea y la práctica del diálogo se toman en serio por parte de una cultura dada, aportan a ésta la conciencia de una exploración compartida hacia un mayor conocimiento, relación y posibilidad. Nada es más importante en la creación de un diálogo intercultural que elaborar una cultura de diálogo en todas y cada una de las sociedades. Con el fin de participar en un diálogo valioso orientado al mejor entendimiento recíproco, cada individuo tiene que estar preparado para ejercer la tolerancia hacia otras formas de pensar; hacia personas que basan sus vidas cotidianas en valores y experiencias distintas de las nuestras. Pero la tolerancia sola no es suficiente: igualmente importante es la noción de "responsabilidad" – de otras culturas así como de la propia. Mientras que la tolerancia significa no interferir en las formas de vida o de pensamiento de los demás, la "responsabilidad" sugiere en realidad una receptividad a la "condición de otro", que es la condición propia de los demás. Es ocuparse del mundo que compartimos con otros, el cual antecede y sucede a nuestras propias vidas pasajeras. En relación con la economía de derechos y deberes según la cual somos moralmente responsables, la responsabilidad intercultural demanda al individuo una receptividad en curso al hecho de que estamos juntos.